

En el número 427 se publicaba en la sección "Lectores" una carta titulada "Imperialismo cultural catalán". A propósito de las ideas vertidas por nuestro comunicante, y de ciertos rumores en la calle, Manuel Vázquez también responde en esta página.

HAY formas de racismo y centralismo explícitas y otras implícitas. Es curioso que las explícitas sean tan conocidas y las implícitas tan poco valoradas. Está creciendo un sordo y torpe rumor sobre el nacimiento de una Escuela de Barcelona, especializada, al parecer, en artes y oficios de irracionalismo, integracionismo, irrealismo y neocapitalismo. Esta inexistente escuela ha sido inventada por una mecánica similar a la que crea todos los «enemigos necesarios» justificantes de la propia impotencia y mediocridad, cuando no se utilizan como distracción para «otros», que así no advierten las secretas intenciones. La cosa es tan vieja como el hacer pla. Y el ejemplo más histórico que se me ocurre es el «peligro judío», inventado por los nazis como *agnus qui tollis peccata mundi*.

Analizar uno por uno los productos culturales que se vienen produciendo en Cataluña era un esfuerzo excesivo, para el que no estaba preparada la capacidad crítica de toda la inmensa sabiduría-burocrática que cierto pigmeísmo ha conseguido, no por su esfuerzo de aprehensión directa, sino incluso por transmisión oral resumida. La no convencionalidad del lenguaje adoptado por esas individualidades intelectuales catalanas, la no domesticación a fracasadas fórmulas de política doméstica y un cierto talante lúdico un tanto enervante (hay que reconocerlo) ha puesto en marcha la fábrica de clichés. La impotencia de la fabricación se revela en que no ha habido clichés a la medida, sino que se ha buscado un cliché que sirviera para toda una «escuela», es decir, para un organismo coherente, vivo, actuante, agresor, frente al que hay que tocar campanas de rebato y llamar a la defensa. He hablado antes de racismo y centralismo implícitos, porque en la mayor parte de textos denunciativos de la «Escuela de Barcelona» se empleaban en sentido peyorativo adjetivaciones como *amabilidad mediterránea* y en otros textos se dejaba suelta, como quien dice incontrolada, la asociación Cataluña-Prosperidad-Banalidad. Es curioso comprobar cómo incluso para



Carner: un ejemplo del "imperialismo cultural catalán". Su obra es prácticamente desconocida.

EL IMPERIALISMO CULTURAL CATALAN

un buen número de progresistas bajo palabra de honor y a rigurosa prueba de tertulia y «si a mí me dejarán», un catalán es y ha de ser o un fabricante de tejidos o un viajante de salchichón de Vich. Cultura catalana, piensan, que la hagan unos cuantos escritores en catalán, «porque, objetivamente, incordian al sistema» y que no molesten demasiado. Pero la otra cultura, la isabelino-fernandina-konstantinovianna, que se siga haciendo en la

ancha Castilla o en aquellas provincias en las que no ha penetrado el germen de la vocal relajada ni del escepticismo crítico.

Este esfuerzo reparador, marginador, se enmascara de cruzada progresista, porque detrás de la conspiración de los intelectuales de la Escuela de Barcelona están las potentes editoriales neocapitalistas catalanas que los apoyan, y en el lote se incluyen Seix y Barral, Anagrama, Lumen, Edicions 62

y tal vez alguna más. Todos los tópicos se han utilizado hasta culminar en la grotesca carta de un tal Luís, publicada en TRIUNFO, en la que salía lo de hijos de papá, lo de los «cocktails» y todo el churriguerismo demagógico del socialismo utópico. Hasta ahora no he leído ni una crítica seria a ninguno de los productos culturales de los supuestos cómplices de la Escuela de Barcelona. Todas las lecturas que se han hecho de esos productos han partido de una variada gama de prevenciones, de prejuicios, de espíritu de cruzada, al mismo nivel del temple con el que los traductores de la Escuela de Toledo aprendían el árabe sólo para refutar el Corán. Estoy de acuerdo en que el clima cultural, político, social español es exasperante, y estoy dispuesto a exasperarme tanto como el que más se exaspere. Estoy de acuerdo que nuestra historia cotidiana es la historia cotidiana más exasperante de Europa y que, cansados de luchar con las cortinas, cuando llegamos a las ventanas comprobamos que siguen tapiadas. Pero nada autoriza a importar a nuestros lares la mística del *frère ennemi*, cuando es totalmente innecesaria y cuando a todos nos une un idéntico esfuerzo de autoclasificación, imposible realizar sin cortar por lo sano, sin replantear las palabras una por una, sin recuperar uno por uno el valor de los datos y los hechos, al margen del pringue de su viciosa utilización histórica. Los intelectuales de la llamada Escuela de Barcelona son tan impotentes como todos los intelectuales del «ghetto» europeo. Esgrimen su praxis con el mismo propósito crítico y revulsivo que los injustamente llamados *realistas de la berza*. Lo único que les caracteriza como grupo, a mi entender, es que proponen su propia inseguridad como un punto de partida y de estímulo intelectual. Si beben, peor para ellos, y si practican el *menage a trois*, no es cosa para mirones. Ponen una palabra detrás de la otra, una piedra detrás de la otra, un día detrás de otro. Se les censura una línea detrás de otra y se les combate tanto desde el código al servicio del sistema como desde el código al servicio de la más carrincona burguesía nacionalista catalana.

Cuando una fobia se desata es casi imposible detenerla, sobre todo al nivel de medias palabras en que se mueve la escindida cultura progresista española. Resignémonos a que la fobia persista y el propicio enemigo engorde. Pero exijamos a los críticos un punto de partida más serio que la sabiduría convencional o el correveidile. ■ M. VÁZQUEZ MONTALBÁN.